

JOSÉ MARTÍ Y LA REVOLUCIÓN CUBANA

ABORDAR LA RELACIÓN entre José Martí y la actual revolución cubana significa discutir uno de los temas centrales de nuestra historia. Qué impacto ha tenido Martí en la Cuba contemporánea, de qué manera el pensamiento y ejemplo de Martí han influido en el desarrollo de la actual revolución cubana, y qué significa, dentro de ella, la apropiación de Martí, son todas preguntas urgentes y complejas. Son los propios hechos históricos, desde luego, los que contienen las respuestas a estas preguntas. Pero como toda literatura nos advierte, ningún hecho histórico resulta ni tan claro ni tan estable como parece a primera vista. Y si bien es cierto que la historia no es ficción, también es cierto que estamos condenados no sólo a vivir la historia sino a interpretarla, a derivar un sentido de ella. La historia no sólo transcurre: también posee una significación. Por esta razón no ha de preocuparme, en lo que sigue, el probar o no la afinidad ideológica o moral entre el pensamiento de Martí y la ideología del actual gobierno cubano. En cambio, una pregunta más global sí determinará mi respuesta a estas preguntas: ¿Cuál es el sentido de la figura de José Martí dentro de la historia cubana?

Acaso no debería sorprendernos que sea precisamente un profesor de literatura el que haya sido llamado a cerrar una reunión de especialistas sobre historia y política cubanas. Después de todo, ¿dónde hoy en día, salvo en departamentos de literatura, se lee a Martí dentro de los círculos universitarios norteamericanos? ¿Dónde más se toleran su torturada prosa y su verso sentimental; dónde, excepto en cursos de historia literaria, se consideran sus textos como una fuente de conocimiento? (Hablo, desde luego, de la universidad norteamericana; la ubicación de Martí entre cubanos es muy diferente.) Esa dicotomía ya de por sí nos presenta la ambivalencia que asumen muchos académicos hacia Martí. Para muchos científicos sociales —historiadores, sociólogos y politólogos, por ejemplo— Martí sigue siendo apenas un poeta soñador cuya imaginación literaria e idealismo lírico terminan diluyendo la eficacia de su pensamiento sociopolítico. Para ellos, las obras de Martí documentan una forma peculiar de moralismo nacionalista y no una clara doctrina ideológica. A la inversa, para muchos críticos literarios, Martí nos presenta la paradoja de una figura de primer orden sin cuyos pensamiento y presencia no se concibe la literatura hispanoamericana moderna, pero cuyas propias obras literarias —su poesía, por ejemplo, sus torpes obras de teatro, o su única novela— no llegan a ajustarse del todo a la modernidad. Las obras, la escritura de Martí, son demasiado retóricas, demasiado cargadas de un contenido moral e ideológico anticuado como para ajustarse a una poética moderna de ambigüedad. En cambio, es precisamente el carácter ambiguo, literario y por tanto, abierto, de la prosa de Martí lo que explica, al menos en parte, el por qué su

ENRICO MARIO SANTÍ

obra se lee, entre cubanos, un poco como la *Biblia*: es todo para todos. A Martí se le invoca tanto para elogiar como para condenar a los Estados Unidos, tanto para justificar como para negar al actual gobierno cubano, y para inspirar a cubanos tanto de la isla como del exilio. La densidad retórica, el moralismo y el peso ideológico de sus obras literarias son factores que determinan, en gran medida, el consabido debate sobre si Martí fue un mero precursor o el verdadero iniciador de la modernidad literaria hispanoamericana.¹

A diferencia de este equívoco papel en círculos académicos está el papel sacramental que desempeña Martí dentro de la historia y política cubanas. Para todo cubano, según una tradición que comienza con la muerte de Martí en 1895, Martí encarna nada menos que el espíritu de la identidad nacional cubana, y todo cubano busca en sus obras, cual en un texto sagrado, las llaves que o bien justificarían al actual gobierno o bien le otorgarían sentido a la tragedia del destierro. Resultaría ocioso recordar la presencia de Martí dentro del actual régimen. Mucho antes de que siquiera hubiese un "Movimiento 26 de Julio", los seguidores de Fidel Castro se autodenominaban la "Generación del Centenario", invocando así el centenario del nacimiento de Martí. El asalto al cuartel Moncada en julio de 1953, como se sabe, se realizó en nombre de Martí, y el propio Fidel Castro invocó a Martí una docena de veces en su célebre discurso de autodefensa *La historia me absolverá*, una de ellas incluso para señalar que Martí había sido nada menos que el "héroe intelectual" de esa acción. Desde entonces, todo discurso político y declaración del gobierno cubano, incluso sus documentos principales, invoca a Martí. La Primera y Segunda Declaración de La Habana, la Constitución Socialista de 1976 y los Estatutos del Partido Comunista Cubano, todos citan de las obras de Martí. Desde luego que existen documentos anteriores al periodo insurreccional, como el *Manifiesto del Moncada* y *Nuestra razón*, que igualmente invocan y citan a Martí. Martí está presente en todo pronunciamiento del gobierno cubano, así como su gigantesca estatua marmórea está presente en la Plaza de la Revolución, desde donde se suelen lanzar muchos de esos pronunciamientos.

No basta decir, sin embargo, que el gobierno cubano invoca a Martí. A lo largo de 25 años, desde el triunfo de Fidel Castro, el mismo gobierno ha elaborado cierta *lectura* de Martí, lectura que ha estado encaminada a probar los vínculos ideológicos entre el pensa-

miento de Martí y el proceso revolucionario. Esa lectura ha tenido el efecto saludable de restaurarle el radicalismo político al pensamiento martiano, contrapeando así el patriotismo difuso que rodeaba a la figura de Martí antes de 1959. En un útil estudio sobre Martí, el historiador norteamericano John M. Kirk ha señalado cómo a partir de esa fecha hubo un cambio en la imagen de Martí, del "inadaptado sublime" que prevaleció durante los años de la República al de "líder revolucionario": que se proyecta actualmente. Dice Kirk: "Una lectura cuidadosa de los estudios del pensamiento político de Martí revela que, sobre todo después de 1969, muchos 'martianos' empezaron a ver a José Martí no sólo como un ferviente revolucionario, sino también como un vínculo directo entre el pensamiento de Marx y la naturaleza marxista-leninista de la Revolución de Castro".² Apropiarse de Martí, promover la interpretación de sus obras desde el punto de vista del marxismo-leninismo e, implícitamente, legitimar al actual gobierno en términos de su pensamiento, son los propósitos explícitos del Centro de Estudios Martianos de La Habana, institución que creara recientemente el Partido Comunista Cubano. Bajo el cargo de Roberto Fernández Retamar, el Centro lleva a cabo varios proyectos: publica el *Anuario* del Centro; actualmente prepara la primera edición crítica de las *Obras completas* de Martí, y patrocina seminarios anuales para jóvenes sobre la obra de Martí.³

Es evidente, por tanto, que Martí fue un precursor de ciertos aspectos del actual régimen cubano. De hecho, Martí fue un nacionalista, un crítico de los Estados Unidos durante las primicias de su expansión imperialista, y un promotor de la autonomía política y económica de América Latina. Resulta igualmente evidente que Martí simpatizó con el llamado Tercer Mundo en general, y no sólo con la América Latina. El nacionalismo revolucionario de Martí, su imaginación indigenista o indígena, le hacen por tanto un precursor natural del actual régimen revolucionario. Pero demostrar que Martí era marxista o aun proto-marxista ha sido una tarea harto más difícil, si no imposible. Al invocar el anti-imperialismo martiano, el gobierno cubano implícitamente reduce la ideología de Martí a la suya. En cambio, resulta revelador que todo intento por definir en detalle la ideología martiana termine, por lo general, negando semejante explicitación. Los lectores más asiduos de Martí —Roberto Fernández Retamar, Carlos Rafael Rodríguez, Cintio Vitier y, hasta hace poco, Juan Marinello— concuerdan en lo difícil que resulta hacer de Martí un precursor directo del actual régimen a través de una filiación marxista. Ya en un ensayo de 1962, "El pensamiento de José Martí y nuestra revolución socialista", Juan Marinello advertía lo siguiente:

Desde luego que el hecho de que un hombre como Martí contemplase con visión tan sagaz los problemas que su época acumulaba sobre Cuba, no quiere decir que poseyera la doctrina y el método oportuno para su tratamiento y solución. En Martí se da una oposición intermitente y vitalicia entre sus puntos de mira de gran demócrata liberal y su asombroso entendimiento de cuestiones que, como ha probado su

posteridad, no podían ser liquidadas por las vías que propugnaba.⁴

En un gesto típico de esta lectura, Marinello quiso demostrar en Martí una mezcla de ceguera e intuición acerca de la historia cubana. Reconoce que Martí conocía los problemas, pero advierte que de alguna manera no poseía las claves actuales para comprender esos problemas, y menos aún para resolverlos. Es como si la fe de Martí en la democracia liberal y el pluralismo ideológico, para no hablar de su orientación espiritual, le hubiesen vendado los ojos e impedido analizar correctamente los problemas sociales y políticos que sí detectó. Así pues, la lectura dialéctica de Marinello restaura el dilema histórico de Martí, dilema que el actual gobierno revolucionario, según prosigue Marinello, parece resolver. Si queda por resolver, en cambio, si el acercamiento de Martí a la ideología del actual gobierno cubano le hace justicia a la complejidad de su pensamiento, o si el actual gobierno ha podido integrar los ideales de Martí a la realidad histórica, y no sólo reutilizar la retórica de esos ideales.

Acaso no resultara necesario plantear estas cuestiones de no existir esa venerable tradición dentro de la historia política cubana. Pues a Martí se le reutiliza periódicamente como un emblema retórico vacío. Muchos años antes de que el actual gobierno propusiese su propia lectura, cada uno de los presidentes cubanos —desde Estrada Palma hasta Batista, habían propuesto la suya— alabaron a Martí y utilizaron su figura con sus propios fines estratégicos. Por tanto, con antecedentes institucionales como los que cumple Martí dentro de la retórica de la política cubana, su actual reutilización dentro del régimen revolucionario se vuelve al menos sospechoso. No niego lo que antes afirmé: el actual gobierno cubano ha podido probar que Martí fue un precursor de ciertos aspectos de su ideología. Mi propósito es distinto: ubicar esa afirmación dentro de una perspectiva histórica para así iluminar sus motivaciones.

¿Qué explica esa reutilización? La recurrencia de la imagen de Martí se debe a razones diversas y complejas, que tienen que ver tanto con el propio Martí como con sus lectores. Como es sabido, la muerte de Martí a principios de la guerra de Independencia de 1895, dejó planes políticos y militares en estado de confusión. Las eventuales demoras en el envío de nuevas expediciones armadas para ayudar a los mambises, la fragmentación interna de las fuerzas rebeldes que el propio Martí controlaba como "Delegado" del Partido Revolucionario Cubano, para no hablar de la pérdida moral que su muerte acarreó, estos y otros factores explican el fracaso del esfuerzo bélico del ejército cubano, así como la pronta intervención del gobierno norteamericano en la guerra. No obstante los efectos inmediatos que tuvo la muerte de Martí, la primera generación de cubanos republicanos reaccionó hacia Martí de manera profundamente ambivalente. Mártir y loco, líder y fracasado, héroe y suicida —tal

era, entre ellos, la doble y ambivalente imagen de Martí. Para darnos sólo una idea de cuán ambivalente ha de haber sido esa imagen: en 1899, el diario habanero *El Figaro* hizo una encuesta entre 105 personalidades cubanas para determinar el prócer a quien erigir una estatua en el Parque Central de la ciudad. De los 105, sólo 16 escogieron a Martí; y de entre esos 16, tres de ellos —Fermín Valdés Domínguez, Juan Gualberto Gómez y Miguel Viondi— eran los mejores amigos de Martí (Valdés Domínguez, incluso, dirigía entonces otro comité pro-monumento a Martí).⁵ Decir que Martí fue olvidado y que sus obras no fueron leídas no describe del todo la recepción de Martí durante esos años de la joven república. Como Martí nunca recopiló su prosa, escrita casi toda para periódicos extranjeros, en forma de libro, sus ideas se dispersaron y no circularon dentro de Cuba. Que la primera edición de las *Obras completas* de Martí se haya publicado en forma fragmentada entre 1900 y 1933 y en el extranjero, constituye tanto una causa como un efecto de este vacío inicial.

No basta decir, como se acostumbra, que la revolución nacionalista de 1933 vindicó a Martí. Que Martí tuviese que ser vindicado ya es significativo de por sí. Martí había sido un mártir de la independencia cubana, y sin embargo la Cuba independiente aún no lo había reconocido como se merecía. Durante los años inmediatamente posteriores a la muerte de Martí, el escaso reconocimiento que recibió se debió a figuras literarias extranjeras —de Rubén Darío a Unamuno— que reconocían su importancia como escritor. En cambio, con la caída del dictador Gerardo Machado, la nación cubana empezó a reconocer la importancia de Martí como líder político, moral y espiritual. Y precisamente en este momento comienza el culto a Martí, cuyos motes son de todos conocidos. Martí se convirtió, de la noche a la mañana, en "el Santo de América", "El Cristo americano", "Místico del deber", "El apóstol", etc.⁶

Resultaría simplista, desde luego, atribuir la existencia de estos motes religiosos a una mera influencia católica dentro de la vida republicana. Las razones del culto a Martí son, a mi juicio, mucho más profundas, y tienen que ver, en su motivación psicológica al menos, con un complejo nacional de expiación por el desprecio que sufrió Martí precisamente en el momento en que nace la república que él mismo había ideado. De esta manera, al reaccionar con una mezcla de reverencia y admiración ante la memoria de Martí, después de las convulsiones políticas de los años treinta, el pueblo cubano compensaba su propia ambivalencia y desprecio anterior. Esa reverencia habrá servido para reconocer, de manera masiva, la contribución crucial de Martí, como también para diseminar su pensamiento radical y su obra literaria. También importa reconocer, sin embargo, que su pensamiento empezó a diseminarse dentro del marco de un culto religioso que compensaba, a su vez, un sentimiento nacional de culpa. Lo que bien podría denominarse un complejo nacional de culpa alrededor de la figura de Martí ha persistido y aumentado; sus efectos se siguen sintiendo hasta hoy. Después de todo, la desaparición de Martí fue un factor en la frustración de la independen-

cia cubana y en la imposición de la Enmienda Platt sobre la primera constitución del país. De hecho, en Martí o, mejor dicho, en la *ausencia* de Martí, radicó en gran parte una crisis de identidad nacional, crisis que se refleja en el lamento de la popular "Clave a Martí":

*Martí no debió de morir
¡ay de morir!
Si fuera el maestro y el guía
otro gallo cantaría.
La patria se salvaría
y Cuba sería feliz.*

Esa crisis de identidad nacional se agudiza con la revolución contra Machado, a partir de la cual la imagen de Martí empieza a cobrar importancia, como un espíritu que guíase al pueblo cubano hacia la restauración de valores nacionales. No es por azar que por entonces comiencen los primeros intentos de una lectura marxista de Martí. Julio Antonio Mella, uno de los fundadores del Partido Comunista Cubano, escribió para entonces un ensayo cuyo significativo título era "Glosas al pensamiento de José Martí".⁷ Después, con el fracaso de la revolución contra Machado, ese espíritu-guía ganó aún más importancia, y es la culpa colectiva lo que explica, a mi juicio, el éxito con que las sucesivas administraciones políticas cubanas lo han explotado. Acaso el ejemplo más dramático de esa explotación haya sido el de Batista, quien utilizó el centenario del natalicio de Martí para contrarrestar las críticas a su reciente golpe de estado. Me temo que la lectura institucional que prevalece hoy en día en Cuba constituye otra versión más de esa estratégica explotación.

Desde luego que ni el complejo de culpa nacional hacia Martí ni la retórica religiosa que lo compensa podrían haber sido posibles sin la retórica religiosa del propio José Martí. Quiero decir que, más allá de las circunstancias específicas de la muerte de Martí y de las primeras recepciones de su obra, los propios pensamiento y lenguaje de Martí poseen como un aura religiosa, evidente sobre todo en su oratoria, que de alguna manera determina el culto a su figura. Al mencionar el aura religiosa de Martí no sólo me refiero, desde luego, a su ética espiritual —ética que, como Agramonte y otros han demostrado, Martí deriva de sus lecturas del Idealismo post-hegeliano—; me refiero a algo más que a su utopianismo americanista, o al tono elevado de su oratoria, con el que intentaba conservar la precaria alianza política de sus compatriotas exiliados.⁸ Si me refiero, en cambio, a la visión de la historia cubana que fundamenta la estratégica reutilización de Martí —visión que encuentra en el propio Martí, por cierto, uno de sus más poderosos abogados.

Esa visión de la historia cubana tiene que ver con la relación progresiva que se suele establecer entre los diversos momentos revolucionarios de los siglos XIX y XX: 1868, 1895, 1933 y 1959 —los "cien años de lucha" que se invocaron en Cuba en 1968, el centenario

del Grito de Yara. Es sabida la interpretación que convierte a cada uno de estos momentos revolucionarios en una expresión más poderosa y organizada del nacionalismo cubano y que aparenta culminar en la última revolución de la serie, tal como la encarna el actual régimen. Dicha interpretación de la historia cubana asume que existe no sólo una *economía*, un depósito de experiencias del que se benefician las sucesivas revoluciones; asume también y sobre todo una *teleología*, un telos o plan providencial que nos permite leer cada revolución en términos de las demás. Es esa teleología la que le confiere sentido a todo el patrón de la historia cubana y lo que privilegia, implícita y necesariamente, el final de ese patrón. Las tres revoluciones anteriores desembocan en la actual revolución, pero es la revolución actual la que le confiere sentido a las otras tres. Es precisamente la fragmentación —o al menos su apariencia—, los sucesos y frustrados intentos de independencia a través de movimientos revolucionarios, lo que evoca tal teleología y acredita su formulación.

Si es válida o no la interpretación que acabo de describir no debe preocuparnos, al menos por el momento. Baste decir que se esgrime constante e irreflexivamente. Sí me interesa, en cambio, derivar de ella un par de implicaciones. La primera es que tal teleología postula una interpretación figurativa de sucesos históricos. ¿A qué me refiero con ese término? Según Erich Auerbach, en su influyente ensayo "Figura", se define de la siguiente manera:

La interpretación figurativa establece una conexión entre dos acontecimientos o personas, la primera de las cuales significa no sólo ella misma, sino también la segunda, mientras que la segunda abarca o cumple la primera. Los dos polos de esta figura están separados en el tiempo, pero ambos, siendo ellos mismos acontecimientos o figuras reales, están dentro del tiempo, dentro del curso de la vida histórica.⁹

Ofrezco el siguiente ejemplo, sobre la relación entre Moisés y Cristo, para aclarar la descripción de Auerbach. Moisés *significa* a Cristo, Cristo *cumple* a Moisés; Moisés *contiene* a Cristo, Cristo *revela* a Moisés; Moisés es una *figura* de Cristo, Cristo es la *verdad* de Moisés. "El propósito de este tipo de interpretación", aclara a su vez Auerbach, "era demostrar que los personajes y acontecimientos del Viejo Testamento eran prefiguraciones del Nuevo Testamento y de su historia de salvación". Además, como también demuestra Auerbach, la interpretación figurativa tenía una función ideológica concreta, en el momento de la ruptura cristiana con el judaísmo. Le confirió al cristianismo un inmenso poder persuasivo y legitimó la nueva visión providencial de la historia.¹⁰

¿Qué tiene que ver todo esto con José Martí y la Revolución cubana? Mi planteamiento, que es mi segunda derivación, es que toda interpretación teleológica de la historia cubana, como la que acabo de describir, incorpora automáticamente una interpretación figurativa de personajes y hechos históricos. Por ejemplo, así como se interpreta la Guerra de Independencia de 1895 como una revolución precursora de la revolu-

ción de 1959, así también José Martí se convierte, automáticamente, en una *figura* de Fidel Castro, quien a su vez es la verdad o cumplimiento de José Martí. Desde luego que la analogía entre Martí y Fidel Castro se ha invocado muchas veces, pero la frecuencia irreflexiva con que se invoca termina diluyendo, a mi modo de ver, su verdadera significación. La interpretación figurativa se encuentra, por ejemplo, en libros como *José Martí: el autor intelectual* (1983), que recopila todas las referencias a Martí y a su obra que ha hecho Fidel Castro en sus discursos entre 1953 y 1981, junto con las anotaciones de Castro en su ejemplar de las *Obras Completas* de Martí. De la larga historia de esa analogía podríamos derivar, además, muchos momentos significativos, como por ejemplo el que aparece en "Martí en Fidel", un típico artículo de periódico de principios de los años sesenta, en el que Edmundo Desnoes, el autor de *Memorias del subdesarrollo* (1965), la célebre novela y film, escribió lo siguiente:

Aunque él habla de Fidel carece del nerviosismo poético de Martí, ha logrado por otra parte un estilo más directo y eficaz. Martí era un incendio y su cultura humanista de raíz cristiana, lo llevaba siempre a grandes alturas expresivas; su genio verbal era deslumbrante... Tal vez sea mejor así. Martí era demasiado frágil, su sentido inalcanzable del hombre noble y puro lo llevaron a vivir constantemente desgarrado, lanzado hacia la muerte. Para la toma y el ejercicio del poder fue una ventaja que Fidel no haya tenido la profundidad sentimental de Martí, el humanismo desgarrador y trágico de Martí. Martí es el ideal. Fidel es la acción. Pero los principios son los mismos.

El argumento figurativo de Desnoes refleja la creencia, típica de la imaginación popular que prevalecía entonces, de que José Martí había encarnado en Fidel Castro. La analogía era entonces, y aun lo sigue siendo, evidente. Pero lo que acaso no sea tan evidente es que la analogía a su vez presupone un argumento figurativo y una visión teleológica de la historia cubana.

El ejercicio periodístico de Desnoes no resultaría tan significativo de no ser porque repite, de manera inólita, el mismo gesto de muchos de los escritos políticos del propio Martí. Cuando Martí encara la necesidad de persuadir a sus compatriotas exiliados del imperativo moral de renovar la guerra contra España, recurre constantemente a los héroes de su relación con su propia época, como manera de legitimar la lucha política, que él y sus compatriotas llevaban a cabo. En un típico pasaje de uno de sus discursos anuales en conmemoración del Grito de Yara dice, por ejemplo, lo siguiente:

¡Oh, sí!, aquellos tiempos eran maravillosos. Ahora les tiran piedras los pedantes, y los enanos vestidos de papel se suben sobre los cadáveres de los héroes para

excomulgar a los que están continuando su obra. ¡De un revés de las sombras irritadas se vendrán abajo, si se les quieren oponer, los que tienen por única hueste las huestes de las sombras: los que han intentado dispersarles, en la hora del descanso, las fuerzas que necesitaban triunfar, cuando se levanten, como ya se están levantando, sobre la debilidad de los enemigos y el desconcierto de los propios! Aquellos tiempos eran de veras maravillosos. Con ramas de árbol paraban, y echaban atrás, el fusil enemigo; aplicaban a la naturaleza salvaje el ingenio virgen; creaban en la poesía de la libertad la civilización; se confundían en la muerte, porque nada menos que la muerte era necesario para que se confundiesen el amo y el siervo.

Que toda historia debe ser leída teleológicamente parece, a primera vista al menos, inevitable. Proponer otra cosa significaría contradecir la propia lógica del conocimiento histórico: le conferimos sentido al pasado a partir no sólo de la configuración de ese pasado, sino también de los resultados de esa configuración —el punto de mira actual que nos permite conferir ese sentido. Y sin embargo, al leer textos como los de Desnoes sobre Martí, o el de Martí acerca de los próceres de 1868, nos encontramos con que el argumento figurativo que tienen en común descansa sobre un gesto profundamente anti-histórico. Para destacar que es Fidel Castro y no Martí el verdadero hombre de acción, Desnoes tiene que convertir a Martí en un idealista pasivo de cuyos defectos sentimentales Fidel ha tenido la suerte de carecer. El contraste entre las dos figuras privilegia a Fidel a expensas de Martí, a quien de paso distorsiona. Y sin embargo, un gesto parecido, y a mi juicio aún más revelador, aparece en el texto de Martí donde la guerra de 1868 se convierte en "tiempos maravillosos", en su doble sentido de sorprendente y sobrenatural. Junto con esa "maravilla" se invoca, por cierto, la fantasmagoría de todo un ejército de ultratumba que regresa para vengarse de su indiferente prole, lo cual dista mucho de ser una descripción material o concreta de Céspedes o Agramonte. Es decir, en ambos pasajes, tanto en el de Desnoes como en el de Martí, se dramatiza el propósito implícito de toda interpretación figurativa —legitimar una ideología actual a expensas de la deshistorización del pasado. Y esa deshistorización ocurre, como hemos visto, para que una ideología actual se establezca en el presente. Sobre este mecanismo, Auerbach añade que en la lectura que hicieron los padres de la iglesia, el Viejo Testamento dejó de ser una historia de Israel para convertirse en una promesa, una prefiguración de Cristo. Algo análogo se podría decir de la mayoría de las lecturas de la historia cubana moderna. Empezando quizás con Martí, tales lecturas eliminan las contradicciones e interrupciones que separan los diversos momentos revolucionarios con el propósito de hilar una trama sólida y significativa.

Regreso ahora a la pregunta con la que comencé este ensayo: ¿cuál es el sentido de la figura de José Martí dentro de la historia cubana moderna? Es evidente que para contestarla hay que examinar la continua utilización que se ha hecho de Martí, incluso la que se hace actualmente en Cuba, y su relación con otro problema más básico: la distorsionante lectura teleológica de la

historia cubana. Que el propio Martí haya contribuido a hacer prevalecer la lectura que distorsiona su complejidad histórica es una ironía cuya culpa es menos suya que del pueblo cubano, en su desesperada lucha por hallarle un sentido al problema de su historia. Existen, a mi juicio, dos maneras de resolver esa ironía, dos soluciones cuyo desarrollo y explicación quedan desde luego fuera del alcance de este trabajo. La primera y más difícil, acaso utópica, sería la de abandonar el hábito de leer la historia cubana a partir de esa teleología, cuyo efecto, como hemos visto, ha sido el de distorsionar el pasado cubano. La segunda y acaso más asequible sería la de investigar y escribir una biografía crítica de José Martí.

Pocas historias como la nuestra están tan repletas de mártires y héroes. No hacen más que morir para regresar como fantasmas en una pesadilla recurrente que exige aún más víctimas. Pero a los fantasmas se les puede ahuyentar hablándoles frente a frente. Sólo así descubrimos que ellos pueblan el centro de nuestros sueños.

Notas

¹ La mejor guía sobre el tema sigue siendo Manuel Pedro González e Ivan A. Schulman, *Martí, Dario y el modernismo* (Madrid: Editorial Gredos, 1969).

² *José Martí: Mentor of the Cuban Nation* (Tampa: University Presses of Florida, 1983), pág. 15. La traducción de esta y otras citas en inglés es mía. Para una crítica de los puntos de vista y metodología de Kirk, véase Carlos Ripoll, *José Martí, the United States and the Marxist Interpretation of Cuban History* (New Brunswick, New Jersey: Transaction Books, 1984), págs. 33-50.

³ Los documentos en torno a la fundación del Centro se pueden consultar en *Anuario del Centro de estudios martianos*, 1 (1978), págs. 11-21.

⁴ Cito de Juan Marinello, "El pensamiento de José Martí y nuestra revolución socialista", en *Escritos sociales*, ed. Mirta Aguirre (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1980), págs. 4-5. El ensayo se publicó por primera vez en *Cuba socialista* 2 (enero 1962), págs. 16-37. Hay argumentos e interpretaciones parecidos en la recopilación *Siete enfoques marxistas sobre José Martí* (La Habana: Editora Política, 1978), que colecciona ensayos de Julio Antonio Mella, Raúl Roa, Blas Roca, Ernesto Guevara, Carlos Rafael Rodríguez, Armando Hart y Juan Marinello. El título exagera el contenido marxista de los ensayos. Con la excepción de los textos de Rodríguez y Marinello, la recopilación toda asume un tono agresivamente revolucionario y no estrictamente marxista. El error del título es de por sí significativo.

⁵ Véase Richard Butler Gray, *José Martí, Cuban Patriot* (Gainesville, Fla.: University of Florida Press, 1962), pág. 88.

⁶ Para un recuento del culto, véase Butler, *Ibidem*.

⁷ Julio Antonio Mella, "Glosas al pensamiento de Martí", *América libre* (La Habana), Vol. 1, No. 1 (abril 1927), aunque se escribió en México en diciembre de 1926. Fragmentos del ensayo se recogen en *Siete enfoques*, págs. 11-18.

⁸ Ver Roberto Agramonte, *Martí y su concepción del mundo* (San Juan, P.R.: Editorial Universitaria, 1971), especialmente las págs. 200-272.

⁹ Erich Auerbach, *Scenes from the Drama of European Literature* (New York: Meridian, 1959), pág. 53.

¹⁰ *Ibidem*, p. 30.